

Mahón 2 Marzo 1906

# EL PORVENIR DEL OBRERO

## El régimen del terror

En España nunca hemos tenido libertad, porque las pocas libertades que se hallan escritas en las leyes no tenían aplicación sino cuando querían los gobernantes. Del capricho, del humor ó de las conveniencias, ha dependido siempre la interpretación y la aplicación de la ley.

Pero aun esa poca libertad que nos concedían las leyes y las costumbres, parece que nos la van á quitar. La propaganda nacionalista catalana se ha tomado como pretexto para resucitar criterios de otros siglos contra los *delitos de opinión*; y una vez puestos en ese camino, los legisladores y aplicadores de leyes aprovechan la ocasión para arremeter contra los que procuramos la emancipación de los trabajadores. Lo que se comenzó como defensa de la patria, se acaba utilizándolo como instrumento en la guerra de clases.

Actualmente no sabemos lo que de hoy en adelante será permitido. No sabemos hasta donde se dejarán arrastrar por el miedo los gobernantes. Sólo sabemos que tienen miedo, porque así lo han demostrado en la cuestión de las jurisdicciones, y el miedo al más fuerte suele traducirse en rigor y en crueldad contra el más débil. Los gobernantes temen á los militares y de las angustias que este miedo les hace sufrir se vengán procesando periodistas y encarcelando obreros.

Estamos bajo la amenaza de que no se pueda escribir si no es adulando á los poderosos. El que no se preste á la adulación y á la bajeza tendrá que callar ó sufrirá todo género de persecuciones.

¿Qué se pretende con esto? ¿Acallar las quejas del pueblo que sufre? ¿Sofocar los anhelos de emancipación?—¿Y no han pensado los gobernantes que sus excesos de insensato rigor podrían resultar contraproducentes?

No se domina el pensamiento por medio de rigores y persecuciones. No se cambian las opiniones por medio de una ley. Ni los magistrados, ni los consejos de guerra, nunca podrán obligar al hombre sano de cuerpo y de espíritu á que vea blanco lo que es negro, ni le convencerán de que dos y tres son siete.

El hacer un *delito* de una *opinión* es siempre una injusticia. Una opinión podrá ser acertada ó equivocada, pero no puede constituir un delito. Lo que puede ser inmoral es callar la opinión que sinceramente se profesa y es siempre inmoral y vergonzoso el decir lo contrario de lo que se tiene por cierto. A esta inmoralidad y á esta vergüenza conducen los gobernantes que en sus códigos señalan castigos para las opiniones.

Se dice que la propaganda de ciertas ideas

resulta perjudicial.—Es indudable. La propagación de la verdad resulta perjudicial para los que viven del error. No existe, empero, el peligro contrario. Si alguno se empeñase en negar que *la suma de los tres ángulos de un triángulo es igual á dos ángulos rectos*, no causaría ningún perjuicio, ni siquiera distraería de sus cálculos á los geómetras, porque nadie le haría caso.

Del mismo modo, en el terreno político y social, si alguno quisiese propagar, por ejemplo, la conveniencia de que nuestra pequeña isla se declarase independiente y proclamase como rey á D. Carlos de Borbon, evidentemente no resultaría peligroso, porque tal idea no la aceptaría ningún menorquín.—En cambio, cuando se dice que ninguna religión es verdadera, cuando se dice que la guerra es una calamidad, cuando se dice que el trabajador tiene derecho á la vida, estas verdades enseguida encuentran quienes las comprendan y las repitan, precisamente porque son verdades.

Se dirá también que hay cuestiones oscuras y dudosas en que la opinión puede extraviarse.—¿Acaso estas cuestiones dudosas y oscuras para todos no lo son también para el legislador? ¿Por qué pues se ha de imponer la opinión que puede ser equivocada del gobernante sobre la opinión tal vez acertada del hombre libre y sincero?—Es la razón humana, obrando con entera independencia y aprovechando con entera libertad todos los medios que están á su alcance, es la razón humana la que debe juzgar de la verdad de las cosas. No tenemos, no puede tener el hombre criterio más seguro. La autoridad no puede añadir á la verdad ninguna fuerza, porque la verdad tiene toda su fuerza en sí misma. Por el contrario, quitando su libertad á la razón, estorbando la investigación libre, la autoridad puede ser la mantenedora del error.—Y lo es, de hecho, en casos innumerables.

Desde luego podemos afirmar que una sociedad constituida sobre bases verdaderas y justas nada tendría que temer de la crítica ni de la libertad de las opiniones.—Si los mantenedores de la sociedad actual creen que es necesario amordazar á los que la censuran y hablan de modificarla, es porque ellos mismos, en el fondo de su conciencia, están convencidos de que es injusta y perjudicial para la mayoría de los hombres. Por esto temen, y con razón, que las opiniones contrarias al orden establecido cuanto más sean conocidas tendrán mayor número de adeptos y, desesperando de poder combatirlos con mejores razones, piensan que el único medio de atajar su desarrollo é impedir su triunfo es ahogar la propaganda, aunque sea aniquilando criminalmente á los propagandistas.

Pero también se equivocan en esto. Se han equivocado siempre los déspotas que han pretendido ahogar las ideas y dominar las conciencias por medio del terror. Nunca tendremos aquí una policía tan descaradamente brutal, ni un cuerpo de funcionarios tan indigno y tan infame como logró tener la autocracia rusa para aniquilar las ideas y los hombres que desde hace años preparaban la revolución. Sin embargo, la revolución ha estallado. Triunfará ó nó, pero lo cierto es que todos los salvajes procedimientos de la policía y de los gobernantes no impidieron que los revolucionarios hiciesen su camino.

Aquí no hay verdaderos revolucionarios.—Es verdad. La tolerancia relativa, ya que no la libertad, que nos permitía vivir sorteando los peligros, cayendo á veces, transigiendo otras, no era, en verdad, un ambiente apropiado para desarrollar temperamentos revolucionarios. Abominando de las injusticias sociales, protestando de los sufrimientos que á uno mismo y á los demás producían, pero acomodado cada uno, más ó menos, á su modo de vivir, hemos sentido la rebeldía de una manera, por decirlo así, teórica.

¶ Pero un régimen de opresión y tiranía, semejante al de Rusia, nos obligaría á algo más. Rotos los lazos que, á pesar de todo, nos unen á la vieja sociedad, imposibilitados de poder vivir apaciblemente, viendo separar de nuestro lado á los compañeros más queridos para ser encerrados en los presidios como si fuesen criminales y amenazados nosotros de lo mismo, algo en nosotros tendría forzosamente que cambiar.

Bajo un régimen de terror no se vive tranquilamente. Hay que someterse ó rebelarse.

JUAN CUALQUIERA

## Contra la tiranía capitalista

Sólo los fuertes y voluntariosos pueden ser verdaderamente libres, pues la libertad, lejos de ser despreciable arbusto que tímidamente se eleva á la sombra de los grandes árboles, es poderoso roble que arraiga en las almas templadas por la lucha y se alimenta con la férrea savia de una voluntad indomable. Ser libre significa la capacidad de guiarse impulsado por su propio yo, obedeciendo á sus instintos fundamentales, á sus simpatías, á sus odios; ser libre significa alimentar y desarrollar el orgullo de la personalidad propia, de las propias fuerzas, de las naturales predisposiciones; ser libre significa tener garantizado el sacrosanto derecho á la vida estomacal y mental, social y afectiva,—ser hombre que se alimenta, instruye, ama, goza—que vive, en fin.

El hombre de nuestras épocas carece de ese don que ha tiempo le arrebataron. Sometido á la dura ley de la tiranía económica, surgida y alimentada por la violencia de la horda primero y por la violencia organizada bajo la forma del gobierno luego, el

hombre ha declinado su ingénita rebeldía y anulado la poderosa y avasalladora voluntad de ser, de perpetuarse, de vivir sin ataduras. Ha doblegado su cuerpo y su alma ante el latigazo y el insulto soez del victorioso; ha reconocido y sancionado con su respetuosa humildad el prepotente derecho del más fuerte; ha invocado la caridad denigrante de los señores y sonreído ante su gracia estulta; ha elevado himnos impregnados de villana mansedumbre á las cadeñas que le sujetaban caninamente á los pies del amo; ha amado y venerado, defendido y salvado á quienes lo maltrataron y vejaron en la negra y horrenda noche de su servidumbre... Y fué un esclavo.

\*\*

En las negras y tempestuosas noches, las nubes preñadas de electricidad, vomitan rayos. Así las nubes de odio que van formándose lentamente en los días de estío de la tiranía.—Hiparco agota sus virilidades en el lecho de sus esclavas; su sexualidad se apaga y resplandece con la intensidad de un mechero que absorbe la última gota de aceite que alimenta la llama. El capricho lujurioso del Fauno arraiga en su mente y una virgen helénica es conducida á su lecho por los lacayos de alma miserable y apetitos de hiena. La virgen es sacrificada en el altar vergonzante de la tiranía. Y el derecho sanciona el sacrificio... Hay almas de bronce que suenan á alarma y que han sido engendradas por la Energía: tales Aristogitón y Harmodio hermanos de la sacrificada

que al fiero tirano mataron, y en Atenas la igualdad de la ley establecieron

Así de un odio comprimido brotó la chispa de la rebelión, sancionadora de la igualdad civil. Y un derecho se había conquistado.

Pero, ¿fué libre é igual civilmente el pueblo? No, como no lo fué luego política ni intelectualmente. ¿Por qué?

\*\*

El hombre es mientras subsiste, se alimenta, vive: debe pues, tener garantizado el derecho á la subsistencia, á la casa, al vestido, á la cultura, á la belleza. Cuando de este derecho carece ha dejado de ser: vive porque le dan, porque quieren darle, porque les conviene darle. Y la limosna es el producto de su propio trabajo. No poseyendo nada no es nada ni nadie; sólo es esclavo, y para este la igualdad y la vida libre son ideales de ultratumba. ¿En qué puede pensar libremente y qué es lo que libremente puede pensar? Su pensamiento es el de su amo; su voluntad, también. El gobierno es, en esencia, protector de su dueño; cambiarlo en la forma no le reporta beneficios ni libertades, pues el mal está en la raíz; además, él no puede cambiar nada; cambiará si le mandan, si le obligan, si se lo imponen como condición de trabajo que lo es también de vida, aunque de vida raquíca, miserable... El no es libre porque no tiene nada, porque todo se lo han arrebatado. Y como en la lucha por la existencia se comienza por combatir, ante todo, por el pan, para seguir luego combatiendo por el derecho civil, político, etc., él, que aun no ha triunfado en aquella primera lucha, lógico es que no se interese en las otras; por otra parte, interesándose bien por la primera basta, pues, cuando hay pan seguro, casa segura y vestido seguro, hay también instrucción, libertad, paz.

No hay pues, ni podrá haber jamás, libertades y derechos civiles y políticos, hasta tanto no haya arraigado la igualdad económica. El hombre sin tierra no es hijo de este planeta; es un extranjero, un impasible esclavo, un sometido que obedece y trabaja por los señores, los amos del globo terráqueo.

La propiedad capitalista sostiene la pirámide de la tiranía hecha de odios y violencias y amasada con la sangre de los caídos.

Ella garantiza y fortifica el derecho de explotar y someter al hombre; ella eleva al

cretino y hunde al laborioso, sanciona el robo y despoja al trabajo; encierra á millares de hombres en dulcificadas cárceles, que calificara Fourier á los talleres, y aniquila á las generaciones jóvenes con un trabajo brutal y oprobioso; ella fomenta la guerra y recrudece el delito, aniquila la voluntad y desgarrá la verdadera fuerza, la fuerza de hombría,—inocula en las multitudes el «espíritu de rebaño», el venenoso principio de la sumisión y demole los grandes sueños, fecundos en bonanza y alegría; ella acendra la adoración al Becerro de Oro y la pavora de los miserables; ella es la forma quintaesenciada de la tiranía.

\*\*

Los que amamos ser libres debemos desarrollar nuestro mundo interior y conquistar del mundo que nos rodea todo lo que exigen nuestras células orgánicas, nuestras aspiraciones, nuestros sueños. Es necesario pues, que conquistemos para todos la tierra y que nadie intente someter á nadie; que la ayuda mutua responda al esfuerzo impotente de quien naufraga en un imposible; que la voluntad traduzca en actos todas las rebeldes energías que hierven en nuestras personalidades; que la vida sea.

Solo entonces el grito de intensa melancolía que brota de los pechos rusos y á cuyo eco responde el gemido de los torturados, resonará á triunfo: ¡Tierra y Libertad!

PASCUAL GUAGLIANONE

## El trabajo destruye la propiedad

El hombre aislado sólo puede subvenir á una pequeñísima parte de sus necesidades; todo su poder está en la sociedad y en la combinación inteligente del esfuerzo universal. La división y la simultaneidad del trabajo multiplican la cantidad y la variedad de los productos; la especialidad de las funciones aumenta la calidad de las cosas consumibles.

No hay, por consiguiente, ni un sólo hombre que no viva del producto de varios millares de industriales diversos; no hay un sólo trabajador que no reciba de la sociedad entera su consumación, y con ésta los medios de producir. En efecto, ¿quién osará decir: Yo solo produzco lo que consumo, yo no tengo necesidad de nadie? El campesino, que los antiguos economistas consideraban como el único verdadero productor; el campesino, instalado en un hogar, amueblado, vestido, alimentado, socorrido por el albañil, el carpintero, el sastre, el harinero, el panadero, el carnicero, etc., ¿puede vanagloriarse de producir solo?

La consumación se da á cada uno por todo el mundo; por la misma razón la producción de cada uno supone la producción de todos. Un producto no se elabora sin el concurso de otro producto: una industria aislada es un imposible. ¿Cuál sería la cosecha del labrador si otros no fabricasen por él las granjas, los carros, los arados, los vestidos, etc.? ¿Qué haría el sabio sin el librero, el impresor sin el fundidor y el mecánico y éstos á su vez sin otros industriales auxiliares? No prolonguemos esta enumeración, fácil de extender, de miedo á que se nos acuse de caer en lugares comunes. Todas las industrias se reúnen, por medio de mútuas relaciones, en un haz único; todas las producciones se sirven recíprocamente de fin y de medio; todas las variedades de talentos no son más que una serie de metamorfosis de lo inferior á lo superior.

Este hecho irretutable é irrefutado de la participación general á cada especie de producto, da por resultado convertir en común todas las producciones particulares, de tal modo que, cada producción que sale de las manos del productor, sólo tiene derecho á su producto en una fracción cuyo denominador es igual al número de individuos de

que la sociedad se compone. Verdad es que, en cambio, este mismo productor tiene derecho sobre todos los productos diferentes del suyo, de modo que la acción hipotecaria la adquiere contra todos, del propio modo que todos la tienen contra él; de todo esto, no se deduce que esta reciprocidad de hipotecas, en lugar de permitir la propiedad, destruye hasta la posesión? El trabajador ni siquiera es poseedor de su producto; apenas lo ha terminado, la sociedad se lo reclama.

P. J. PROUDHON

## La Ley

La ley es un producto relativamente moderno, pues la humanidad ha vivido siglos y siglos sin tener ley alguna escrita, ni siquiera grabada en símbolos sobre piedra á la entrada de los templos. En esa época las relaciones de los hombres se reglamentaban por las simples costumbres, por los usos habituales, que la constante repetición hace venerables y que cada uno adquiere desde su infancia, como aprende á procurarse el alimento cazando y á usar los animales para la agricultura.

Todas las sociedades humanas han pasado por esa fase primitiva, y en el presente gran parte de la humanidad no conoce leyes escritas. Los pueblos primitivos tienen usos, costumbres, un «derecho rutinario», como dicen los juristas, tienen hábitos sociales, y esto basta para mantener las buenas relaciones entre los habitantes de la villa, de la tribu y de la comunidad. Entre nosotros mismos, hombres civilizados, cuando salimos de las grandes ciudades y nos dirigimos al campo, vemos que las relaciones mútuas entre los habitantes se arreglan, no según la ley escrita de los legisladores, sino según las antiguas costumbres, generalmente aceptadas. Los campesinos de Rusia, Italia, España y de una buena parte de Francia é Inglaterra no tienen idea alguna de la ley escrita; ésta se inmiscuye en su vida solamente para arreglar sus relaciones con el Estado; en cuanto á las relaciones entre ellos, algunas veces muy complicadas, las arreglan simplemente según las viejas costumbres.

Antes era esta la regla que seguía toda la humanidad.

Cuando se analizan las costumbres de los pueblos primitivos se ven bien marcadas dos corrientes distintas.

Mientras el hombre no vive solitario, se elaboran en él usos y costumbres útiles á la conservación de la sociedad y á la propagación de la raza. Sin los sentimientos de sociabilidad, sin las prácticas de la solidaridad, la vida en común hubiera sido absolutamente imposible. Y estos sentimientos y prácticas no es la ley la que los ha establecido; son anteriores á todas las leyes. Ni es la religión la que los ha prescrito; son anteriores á toda religión; se encuentran entre todos los animales que viven en sociedad, se desenvuelven por la fuerza misma de las cosas; como las acciones que el hombre llama institivas en los animales provienen de una evolución útil, necesaria para mantener la sociedad en la lucha que por la existencia debe sostener. Los salvajes acaban por no comerse unos á otros porque encuentran que es mucho más ventajoso entregarse á otra clase de cultura, en vez de procurarse una vez al año el placer de nutrirse con la carne de un viejo pariente. En el seno de las tribus absolutamente independiente, que no conocen ni leyes, ni jefes, cuyas costumbres nos han descrito muchos viajeros, los miembros de una misma tribu dejan de darse cuchilladas á cada disputa, porque la costumbre de vivir en sociedad ha acabado por desenvolver en ellos cierto sentimiento de fraternidad y de solidaridad; prefieren dirigirse á un tercero para ventilar sus cuestiones.

La hospitalidad de los pueblos primitivos,

el respeto á la vida humana, el sentimiento de reciprocidad, la compasión para con los débiles, la bravura, hasta el sacrificio de sí mismo en interés de otro, practicado al principio con los niños y los amigos, y extendido más tarde á los miembros de la sociedad. Todas esas cualidades se desenvuelven en el hombre anteriormente á las leyes, independientemente de la religión, como en todos los animales sociales. Esos sentimientos y esas prácticas son el resultado inevitable de la vida en sociedad. Sin ser inherentes al hombre (como dicen los sacerdotes y los metafísicos), esas cualidades son la consecuencia de la vida en común.

KROPOTKIN

## La mascarada carnavalesca

Echando una ojeada á esa epilepsia que en determinada época del año presenta el cuerpo social y que vulgarmente llaman Carnaval, se nos ofrece un espectáculo que en vez de reír, según el propósito de sus mantenedores, hace llorar, interiormente, por supuesto.

De toda esa recua de idiotas que como energúmenos pululaban por nuestras principales calles y plazas, no ha habido ni uno siquiera que arrancara de nuestros labios la más leve sonrisa de satisfacción.

Y es que ante este desfile grotesco de insulsas mascaradas sentimos deprimido nuestro cráneo por los golpes que descarga brutalmente el enorme mazo de una triste realidad.

¿Qué puede esperarse de una sociedad en cuyo seno germina el cáncer de una barbarie primitiva?

¿Cuáles son los elementos que la integran para que presente tan mísero aspecto?

¿Es que no experimentamos el hábito vivificante del espíritu progresivo, y seguiremos vegetando una vida de infancia eterna?

¿Es que se halla ausente de nosotros el amor al Arte, á la Bondad, á la Verdad y á la Belleza, para revolcarnos convulsivamente en el charco del ridículo más soez de la tierra?

¿Qué humanidad es esa, que no satisfecha con el mentir de todo el año en todo trato social, celebra en fecha cabalística la glorificación de la Hipocresía, el Histerismo y la Ignorancia!

Examinemos, analicemos, aunque para ello debamos sacrificar la felicidad de nuestra vida, según dijo el poeta.

Los pobres desgraciados de espíritu que se rebelan contra la falsa seriedad de todo el año están en una insignificante minoría, minoría que, como patrimonio hereditario, disfruta y prolonga estas estúpidas expansiones por atavismo. Siempre son los mismos los que ofrecen el escaso contingente de bobos enmascarados.

Si el mal del año se redujera á eso, no valdría la pena de la preocupación, pero como tras la cruz está el diablo, tras ese mal se oculta otro mayor.

Representado está este por el cortejo innumerable de rutinarios, que son legión, lanzados á la calle para divertirse á costa de los degenerados que se alimentan del orgullo de la admiración ajena, abdicando de la superioridad que les distingue de los demás animales de la creación.

Ahí está la verdadera llaga que atacando al corazón le priva al hombre de las más bellas ilusiones robando su atención de cosas más altas y dignas.

Porque esa mayoría, regocijándose horas y horas en la contemplación de aquella minoría de hotentotes, demuéstranos el bajo nivel intelectual que padecemos, y nos dá la medida de la potencialidad nuestra para remontarnos á las serenas regiones de la perfección humana.

Como seres malditos, aparecemos condenados á una existencia estéril, impotente y miserable.

En esa mayoría estúpidamente risueña; en esa mayoría de seres necios y abobados,

se embotan, se esterilizan todas las ideas nobles y grandes, desaparecen todos los signos de redención social.

La sociedad quiere gozar, sí; el calendario con sus monsergas tradicionales lo decreta, lo preconiza tácitamente; la Sociedad quiere divertirse, reír, y como payaso loco, hace una mueca horrible, macabra, una contorsión nerviosa, dislocante, y mientras los ecos de su histérica carcajada se extinguen por el aire, cae rendida y maltrecha, y en letárgico sueño descansa, descansa... hasta el año próximo...

LORENZO PAHISA

*Las sociedades obreras de Francia han acordado promover agitación para establecer en todos los oficios la jornada de ocho horas á partir del 1.º de Mayo de 1906. Los obreros de otros países han acogido con entusiasmo el acuerdo de los camaradas franceses y se disponen á secundar su iniciativa.*

## Criterios opuestos

*El Bien Público*, diario de los conservadores, nos hace el favor de llamar la atención sobre el artículo *Los dos hacendados*, que publicamos en nuestro número anterior. Es de agradecer, porque realmente aquel artículo merece ser leído y meditado por todos.

Aunque tal vez no sea la intención del *Bien Público* ayudarnos en la propaganda, sino señalar aquel escrito á las iras del Fiscal, lo que, por cierto, no hacia falta, pues el señor Fiscal nos lee desde hace algun tiempo con particular interés y por especiales recomendaciones. De modo que no era preciso que los redactores de *El Bien Público* viniesen á representar el honroso papel de policías.

En lo que se equivocan estos es en la finalidad que atribuyen al escrito. No trata en él su autora de sublevar al pueblo contra el servicio militar, sino que va más á lo hondo. Trata de mostrar toda la maldad de la actual organización burguesa, donde los gobernantes, los poderosos, los poseedores del capital, tratan á los proletarios como esclavos, haciéndoles trabajar en su exclusivo provecho, mermándoles el jornal, encareciéndoles los productos, impidiéndoles todos los goces de la vida y llevándoles á luchas fratricidas por cosas que interesan á los explotadores y de que son víctimas los explotados, los hijos del pueblo trabajador. Esta es la finalidad del escrito *Los dos hacendados*. No se combate el servicio militar, sino toda la organización social burguesa. Somos pues, por el hecho de haberlo publicado, mucho más criminales de lo que *El Bien Público* creía.

Verdaderamente, si *El Bien Público* tuviese razón, si sus calificaciones de bueno y malo fuesen definitivas, si no hubiese más moral que su moral, ni más criterio que su criterio, verdaderamente nuestra «perversión del sentido moral» y nuestra «inversión de términos» serían evidentes. Porque en muy pocas cosas, por no decir en ninguna, pensamos y sentimos como los hombres de *El Bien Público*.—La organización actual de la sociedad les parece excelente, porque ellos mandan, porque á ellos nunca les falta el pan y porque les importan poco los sufrimientos ajenos. Pero, en cambio, los que sulren, aquellos para quienes el día de hoy es penoso y el de mañana un peligro, no pueden pensar lo mismo, no pueden creer

que este sea el mejor de los mundos posibles.

Es muy fácil decir que «la causa principal de la miseria depende de haber germinado y fructificado las teorías disolventes»: lo difícil es demostrarlo, porque los hechos dicen elocuentemente que los trabajadores se ven abrumados por la mayor miseria moral y material en los países retrasados, estacionarios, como Turquía, como Marruecos, y en parte como nuestra España, donde reina el criterio conservador, donde no tiene límites el poder de los que mandan, donde son perseguidos como criminales los hombres de ideas progresivas y reformadoras. En cambio, gozan de un bienestar relativo los países donde predomina el criterio liberal, donde las asociaciones de trabajadores son prósperas y respetadas, donde se hace sin obstáculos la propaganda de esas «ideas disolventes que esclavizan la inteligencia y pervierten los corazones» según el criterio de *El Bien Público*. Y bajo el punto de vista nacional, los millones de votos socialistas no han estorbado la prosperidad creciente de la industria alemana; ni los ministros socialistas y los escritores más brillantes del anarquismo han destruido la elegancia y la inventiva de la industria francesa; ni las grandes huelgas de los Estados Unidos y de Inglaterra han impedido que estos países, donde son libres las opiniones y donde hallan seguro refugio los revolucionarios de todas partes, continúen á la cabeza del mundo industrial y comercial.—Se equivoca *El Bien Público*. Lo que ocasiona la ruina de las naciones son los errores de los gobernantes, la falta de respeto á los derechos de los ciudadanos, que produce la muerte de toda iniciativa. Por esto los países más conservadores, los más anti-reformistas son los más pobres, y los más prósperos son, por el contrario, aquellos en que hay más libertad, Esto enseña el estudio comparativo de las naciones.

Podrá objetarse que, á pesar de todo, hay miseria en todas partes. Seguramente, y no puede menos de haberla, porque en todos los países, organizados mejor ó peor relativamente, subsisten errores fundamentales que son causa de crueles sufrimientos. Subsisten errores en la organización de los pueblos, de la familia, de la propiedad, en todos los órdenes de la vida y en las relaciones entre los hombres. Son estos errores los que queremos destruir y es por esto que nos persigue esa «justicia» que debiera «defender los derechos de todos» y es por esto que nos combate *El Bien Público* diciendo que invertimos los términos y que hemos caído en la perversión del sentido moral... de su sentido moral.

¡Cuán hermosa sería la justicia que defendiese los derechos de todos! ¡Cuán respetables el magistrado que temiese confundirse con el verdugo!—Pero esa respetabilidad y esa hermosura ¿á donde van á parar cuando de la justicia se hace instrumento de la pasión política y el magistrado se pone al servicio del ruin cacique?

No esperamos que *El Bien Público* quiera emprender una razonada discusión de principios, que sostendríamos de muy buena gana. En cambio, lamentaríamos que quisiese llevarnos al terreno de los insultos, porque el insulto está ya muy desacreditado.

## BARCELONA

La opinión pública no se deja engañar por los que tiran bombas y luego las atribuyen á los anarquistas para provocar persecuciones.

El mismo periódico católico y burgués *La Veu de Catalunya* refleja bien claro ese estado de opinión en un artículo publicado el 22 de Febrero con el título de *Barcelona abandonada*. Véanse estos párrafos que traducimos de dicho artículo:

«Continúa la alarma de las bombas. Barcelona sigue abandonada al terror de la dinamita.

»Mientras arriba, en lo más alto del Estado, van haciendo leyes que ya en las mismas Cámaras se denominan leyes contra Cataluña, salen de abajo, de la sombra, del misterio, atentados violentos contra Barcelona, contra la gran ciudad propulsora del espíritu catalán.

»Y los autores de los atentados siguen tranquilamente preparando otros nuevos á la sombra de la autoridad, que no les descubre ni deja que cuidemos nosotros mismos de descubrirlos.

»Así, gracias á esta pasividad del poder público, gracias á la notoria indiferencia con que se mira que se vaya arruinando á Barcelona, y ametrallando á sus ciudadanos, se esparcen y arraigan convicciones que son una terrible acusación contra los hombres que gobiernan. ¿Cómo es que en Madrid no estallan bombas? ¿Cómo es que sólo estallan en Barcelona? Esta es la pregunta que se hace todo el mundo, que corre de boca en boca, que el ministro de la Gobernación no pudo contestar cuando Soler y March la formuló.

»En Madrid, centro del Gobierno, residencia de las instituciones más altas, de los poderes que atraen todas las miradas, de las personalidades representativas del Estado que el anarquismo quiere destruir, en Madrid nunca ha estallado, nunca se ha hallado ninguna bomba...

»Gracias á esas engañosas apariencias, circulan sin objeción toda clase de versiones, incluso las más absurdas; desde las que ven por todas partes la mano de la policía, hasta las que pican más alto y creen que el terror anarquista puede ser un arma política esgrimida por los mismos que protegieron y fomentaron la agitación obrera y revolucionaria en Barcelona.

»Y cuando tales convicciones arraigan hondamente en la conciencia popular, cuando es posible que personas de todas clases y condiciones admitan tan monstruosas explicaciones, es que lo podrido que Hamlet olía en Dinamarca se mete adentro, adentro, y la descomposición ha llegado á los organismos fundamentales de la sociedad.»

De modo que no somos nosotros, no son los trabajadores catalanes, sino también los mismos industriales y comerciantes, «*personas de tots estaments y condicions*» como dice *La Veu de Catalunya*, diario burgués y católico, los que ya comprenden que no son los anarquistas los que tiran esas bombas imbéciles de Barcelona.

No son anarquistas, no pueden serlo. Son, por el contrario, disparadas por manos criminales á las que mueven intenciones de opresión, de tiranía.

No son los amigos de la libertad los que producen ese estado de terror en Barcelona. Son los que esperan que de ese terror nazcan violencias y persecuciones.

*Todas las sociedades obreras deben secundar el acuerdo de los sindicatos franceses de establecer la jornada de ocho horas desde el 1.º de Mayo de 1906.*

## ECOS Y COMENTARIOS

Continúa en la cárcel nuestro compañero Manent, porque «la justicia que defiende los derechos de todos» según *El Bien Público*, cree que no debe concederse la libertad provisional á quien ha publicado un escrito tan *disolvente* como *¡Pobres soldados!*

Es necesario que el pueblo se fije en estas cosas. Los explotadores sin conciencia, los usureros, los bandidos de levita, con tal que sepan burlar la ley, viven libres y triunfan y reciben los agasajos de los mismos curiales que se muestran implacables contra los obreros y los escritores independientes.

La sociedad actual es una sociedad hipócrita y en ella solo pueden vivir á gusto los hipócritas, los que no tienen escrúpulo para cometer maldades pero que son hábiles para evitar el castigo. Estos son los que prosperan y todavía tienen el atrevimiento de presentarse como los mejores.

Preferimos ser perseguidos y atropellados, antes que ser cómplices del presente hipócrita estado social.

Por estar comprendido en el último indulto ha sido puesto en libertad nuestro compañero Antonio Tudurí, que estaba preso en la cárcel de Palma de Mallorca sufriendo condena por supuestos insultos inferidos á la guardia civil á raíz de la huelga general que se hizo en esta ciudad en Agosto del 1904.

## Libros populares

La Casa Editorial F. Sempere y C.<sup>a</sup>, de Valencia, consecuente en su propósito de dar al público obras útiles que respondan á las exigencias de los momentos presentes, acaba de publicar una de sumo interés y actualidad. Lleva por título:

*En el Magreb-el-Aksa* (viaje á Marruecos). —Es un diario de la embajada española de 1900, de la que el autor, el distinguido crítico musical Rafael Mitjana, formaba parte como Secretario, y en él se hace una detallada relación de las gestiones de dicha embajada en la Corte imperial, siendo uno de los más acabados estudios del Imperio marroquí, puesto que las costumbres mahometanas, su religión, su historia, leyendas y tradiciones hallase anotado con gran riqueza de detalles. Figuran admirables descripciones de los paisajes africanos, de sus monumentos, mezquitas, y de cuanto puede ofrecer interés y novedad, resultando un libro ameno y de verdadero valor.

*Marco Aurelio y el fin del mundo antiguo*, por Ernesto Renan (2 tomos). —La interesante figura histórica del emperador filósofo y la época en que reinara, con sus luchas entre el paganismo y el cristianismo, los suplicios de los mártires en el circo, las sectas heréticas surgidas de la misma doctrina de Cristo, todo, en fin, hallase magistralmente descrito en las bellísimas páginas de esta obra, donde el lector se ve transportado á los interesantes tiempos del Imperio, gracias al arte maravilloso del insigne comentador de los Evangelios.

*Italia en la ciencia, en la vida y en el arte*. —El ilustre doctor José Ingegneros, cuya fama como científico ha traspasado los límites de su patria, ha compuesto un libro donde no se sabe qué admirar más, si la galanura y corrección de su estilo ó la profundidad y abundancia de las ideas que lo emaltan,

El autor describe el congreso de Psicología de Roma, anotando las conclusiones que se formularon, estudia el socialismo actual de Italia y á sus prohombres, y se revela como verdadero artista al hablar del arte lírico italiano, cerrando el libro con unos capítulos admirables que hacen recordar los de los más famosos escritores que escribieron sobre este país.

*Obras filosóficas*, por Diderot. —Este libro está formado con los fragmentos más notables del célebre filósofo, fundador y alma de la Enciclopedia, en donde no falta, como

es consiguiente, sus celebrados *Pensamientos Filosóficos*, reputados como lo mejor salido de su pluma.

La lectura de las obras de Diderot siempre será de actualidad, porque, á más de sus trascendentales ideas sobre la religión, puede decirse que fué el precursor de la moderna filosofía positivista y de la ciencia experimental.

Estos libros, con el retrato de su autor en la cubierta, se venden á una peseta en todas las librerías.

*Suscripción para nuestros presos y perseguidos:*

	Ptas.
J. M. Zaragoza	0'25
Lorenzo Cloquells	0'50
N. N. Libertario	0'30
A. M.	0'25
Antonio Mari.	0'50
Jaime Payeras.	0'25
Pedro Bagur	0'10
Julio Cabello	0'25
E.	0'25
Noguera.	1'00
Lorenzo Carreras	0'10
J. Mir Mir	1'00
Juan Fortuny.	0'15
Luis Gornés	0'15
L. F.	0'25
P.	0'50
Lucas Castell	0'25
Pedro Febrer	1'00
Juan Salom	0'20
Antonio Vidal.	0'10
Pedro Garriga.	0'15
Palmira	1'50
Antonio Mir Perez.	0'10
José Sintés	0'25
Antonio Bagur	1'00
Antonio Sintés (S. Luis).	0'25
Máximo Pena (S. Luis).	0'50
A. S.	1'00
Goyo, (Barcelona)	1'40
TOTAL.	18'50

*Suscripción para que Alfredo Picoret, víctima del policía Memento y del juez Moreno, pueda ingresar en una Casa de Salud.*

	Ptas.
SUMA ANTERIOR.	10'60
DE CIUDADELA	
Antonio Torres.	0'25
Casimiro Camps.	0'50
Antonio Cardona.	0'25
Juan Barancos.	0'50
Marcos Gornés.	0'50
Adelarde Fiol.	0'50
Antonio Mesquida.	0'25
Francisco Seguí.	0'25
Pedro Allés	0'25
Juan Sureda.	0'25
Mateo Camps.	0'10
Francisco Benito.	0'10
Clara Benejam.	0'10
Francisca Benejam.	0'10
Bartolomé Castell.	0'25
Bernardo Benejam.	0'50
Juan Llufrío	0'25
Román Biescas.	0'25
Gabriel Marqués	0'25
José Serra	0'25
José Borrás.	0'25
Margarita Pons.	0'25
TOTAL.	16'65

## CORRESPONDENCIA

*Grandio*.—F. R. El precio es de 1'50 pesetas el millar.

*San Feliu de Guixols*.—J. P. Recibido 9 pesetas por conducto de *Tierra y Libertad*.

*Madrid*.—V. S. J. Id. 80 céntos. por id. id.

*Sama*.—M. S. Recibido 2 pesetas más por conducto de *El Productor*.

*Utiel*.—R. S. Enviamos 6 ejemplares del *Segundo Certámen*. El giro á nombre del Administrador de nuestro periódico.

*Bilbao*.—F. G. Recibido 9 pesetas. Tienes liquidado hasta el número 240.

Imprenta de «El Porvenir del Obrero»—Castillo 170, Mahón